



TIFFANY CALLIGARIS

Witches

LAZOS DE MAGIA

CROSS
BOOKS

Witches

TIFFANY CALLIGARIS

Witches

LAZOS DE MAGIA



Crossbooks
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Tiffany Calligaris, 2015
© Editorial Planeta S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: noviembre de 2016
ISBN: 978-84-08-16025-0
Depósito legal: B. 20.193-2016
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Primer encuentro	9
Las hermanas Westwood	19
Día de lluvia	33
Dos gatos negros	53
Jugando con fuego	73
Halloween	99
Día de los Muertos	129
Un espíritu pasajero	150
<i>Malleus Maleficarum</i>	164
Tormenta de amor	182
El ataúd rojo	198
Luna llena	220
Síntomas	232
<i>Kailo</i>	242
Magia	252
La chica del retrato	266
Grimorio	275
Salem, 1692	278
Brujas	283
El lado oscuro del hielo	300
El Club del Grim	315
Vacaciones	334

PRIMER ENCUENTRO



La alarma sonó por tercera vez y finalmente decidí levantarme. Estiré el brazo hacia la mesita de noche y apagué el móvil, librándome del tortuoso sonido que indicaba que era hora de abandonar mi sueño. La habitación me resultaba poco familiar; después de todo, me había mudado el día anterior. Había cajas en el suelo y ropa desordenada por todas partes. Era más pequeña que la de mi casa, pero era mejor que vivir en la universidad. Era mi segundo año en la Universidad Van Tassel, en Boston, Massachusetts, y habíamos alquilado un pequeño apartamento con mi mejor amiga, Lucy Darlin.

Me costó salir de la cama, pero finalmente logré hacerlo; no quería llegar tarde el primer día. Con los ojos entornados caminé hasta el baño; allí también reinaba el desorden y mis cosas se habían mezclado con las de Lucy.

Al mirarme en el espejo una chica me devolvió la mirada. Su pelo lacio era oscuro, casi negro, y caía despeinado por encima de sus hombros hasta la mitad de la espalda. Sus ojos azul celeste encontraron los míos. Su

rostro era femenino y me resultaba familiar. Observé mi reflejo unos segundos más, me lavé la cara y me peiné. De no haberlo pensado con anterioridad no sabría cómo vestirme, pero por fortuna había pasado la noche anterior decidiendo qué ropa me pondría. Eso siempre me ahorra tiempo por las mañanas.

No había deshecho la maleta, pero había separado unos tejanos, un jersey y una chaqueta negra. En la silla frente al escritorio aguardaba mi bolso. Mi perfecto bolso azul que me habían regalado cuando cumplí veinte años, hacía solo unas semanas.

Oí el sonido de la licuadora y el dulce aroma a gofres recién hechos, indicio de que Lucy estaba despierta y preparando el desayuno. Tenía el presentimiento de que me encantaría vivir con ella; no solo era una gran cocinera, sino que a ambas nos gustaba la misma comida. Especialmente los gofres.

Yo, por el contrario, no era capaz de cocinar algo sin quemarlo o estropearlo de alguna manera.

El departamento era cómodo y lo suficientemente espacioso para nosotras: dos habitaciones, un baño y un salón-cocina.

Lucy Darlin, mi mejor amiga desde los seis años, estaba saboreando su desayuno. Llevaba su hermoso pelo rojo cobrizo recogido en una coleta, como de costumbre. Era un mes menor que yo, aunque aparentaba ser más joven; debido quizá a cierta inocencia en su rostro y a que era muy menuda.

—He hecho gofres —anunció satisfecha.

—Los he olido desde mi habitación —respondí con una sonrisa—. No me importaría desayunarlos cada día.

Me pasó un plato y ambas nos sentamos a la mesa.

—¿Crees que deberíamos invitar a Marcus? —preguntó Lucy.

Pude ver el leve rubor en sus mejillas mientras hacía esa pregunta. Era fácil notarlo en su piel pálida.

—Si se entera de lo de los gofres, estará aquí todas las mañanas —respondí.

Habíamos conocido a Marcus Delan en primero. Estudiaba diseño gráfico, al igual que yo, y había compartido muchas clases con Lucy, a pesar de que ella estudiaba biología. Ambas carreras tenían algunas materias en común los primeros cursos.

Marcus era el tipo de chico que había salido con un montón de chicas. Por alguna razón no me veía a mí de esa manera y nos habíamos convertido en buenos amigos. Probablemente se debía a que teníamos una relación fácil y divertida. ¿Por qué estropear algo así cuando Marcus no lograba salir con una misma persona más de unas semanas? Además, yo no tenía ese tipo de sentimientos hacia él.

—Va a descubrirlo tarde o temprano —dijo Lucy.

Tenía la sospecha de que a ella le gustaba, aunque no había logrado que lo admitiera. Los tres pasábamos mucho tiempo juntos y no era coincidencia que Marcus hubiera alquilado el apartamento que estaba justo frente al nuestro. Solo nos separaba un pasillo. Al terminar el desayuno, ayudé a Lucy a limpiarlo todo y nos preparamos para salir. Le di una última mirada al espejo para asegurarme de que todo estaba en orden. Ese día tenía que encontrarme con mi novio, a quien no había visto desde el comienzo de las vacaciones. Y no era solo por eso, pero tenía una sensación rara. Como si algo inesperado fuera a suceder. La ansiedad se ha-

bía apoderado de mí desde el día anterior sin explicación alguna.

Tomé mis cosas y seguí a Lucy a la calle. Tras cerrar la puerta, me dio una de las llaves, y me reí al ver el llavero: la lechuza blanca de los libros de Harry Potter con un sobre en el pico. Lucy tenía fascinación por los libros de fantasía.

—Madison Ashford y Lucy Darlin —dijo una voz a mi espalda—. Mis nuevas vecinas.

Me volví sonriendo. Reconocía esa voz.

Marcus Delan estaba allí observándonos. Su pelo castaño era un gran enredo, como si no se hubiera peinado desde hacía días, tenía algunas pecas en la nariz y ojos marrones. Era guapo, pero no de manera obvia; había algo en su sonrisa que lo hacía atractivo, y su carisma era gran parte de su encanto.

—¿Qué tal el verano? —le pregunté mientras le daba un abrazo.

—Genial: videojuegos, pizza, bares... ¿Qué más se puede pedir? —respondió.

Hice un gesto con la cabeza simulando desaprobación. No me extrañaba en absoluto que hubiera pasado sus vacaciones así.

—¿Qué hay de ti, Ashford? —quiso saber.

—Estuvo bien. Fui a esquiar con mi familia —respondí—. Logré hacerlo sin caerme ni una sola vez.

Algo de lo que me sentía orgullosa, ya que siempre estaba por los suelos.

Marcus me ofreció la palma de su mano en alto y la choqué con la mía.

—¿Y a ti, Lucy? ¿Qué tal te ha ido? —le preguntó.

La estrechó contra su pecho levantándola del suelo.

Era una costumbre que había adquirido el año pasado. Le gustaba levantarla debido a su pequeño tamaño. No debía de pesarle nada.

—Entretenido —respondió Lucy.

Se había sonrojado de nuevo, pero Marcus no pareció notarlo; a decir verdad, nunca lo notaba. Bajó a Lucy y se volvió hacia la puerta de su apartamento para cerrarla. Me acerqué para echar un vistazo al interior, pero puso un brazo delante de mí, impidiéndolo.

—No te imaginas el desastre que hay ahí dentro —dijo.

—Llegaste ayer. ¿Qué tiene eso de extraño? —pregunté sorprendida.

Solo mirándole el rostro supe la respuesta. Marcus no era exactamente ordenado.

—Mis padres pasarán a despedirse más tarde. Necesito que me ayudéis a ordenar y comprar algunas cosas después de clase. —Hizo una pausa y nos miró con una sonrisa expectante—. Por favor...

Aguardé antes de responder. No me importaba ayudarlo, pero no quería que se volviera una costumbre. Tendría que dejarle claro que lo ayudaríamos a limpiar solo esta vez. Ya teníamos suficiente trabajo con limpiar nuestro propio apartamento...

—¡Por supuesto! —respondió Lucy—. Nosotras también tenemos que comprar cosas. Puedo hornear unas galletas mientras Madi limpia, así podrás hacer una bonita despedida para ellos.

Miré a Lucy horrorizada. ¿Cómo se le había ocurrido decir que limpiara yo sola?

—Sois las mejores —dijo Marcus poniendo un brazo alrededor de cada una de nosotras.

—Solo por esta vez —me apresuré a decir—. No vamos a ayudarte a limpiar todas las semanas.

—Claro que no —respondió.

La expresión en su rostro me decía que no se estaba tomando en serio mis palabras.

—No lo haremos, Marcus —le aseguré—. ¡Es en serio! —Asintió con la cabeza y supe que sería en vano discutir con él.

La Universidad Van Tassel estaba a unas cuantas calles de distancia. Habíamos buscado un lugar cerca para poder ir andando hasta allí, y en los alrededores también había unas galerías comerciales y un mercado. Era la ubicación perfecta.

Había crecido en Nueva York y mi familia vivía allí; sin embargo, debía admitir que Boston me gustaba más. Tenía más espacios verdes y no me sentía ahogada como en la ciudad.

Echaba de menos a mi familia. Me había acostumbrado a no verlos todos los días el año pasado. Era lo normal que en primero viviéramos en el campus de la universidad para poder integrarnos mejor, pero no en segundo. Lucy y yo habíamos estado fantaseando con vivir juntas desde hacía meses.

Todavía quedaba mucho por hacer: arreglar las habitaciones y, en especial, terminar de decorar el lugar para tener una sensación más hogareña. La habitación de Lucy era lila y la mía celeste; las paredes estaban vacías, sin nada que las adornara. Teníamos que comprar cuadros o pósters para darles una impronta más personal.

Levanté la mirada. En la esquina siguiente se hizo visible un gran edificio. Tenía cierto estilo gótico que lo diferenciaba de los demás, con las puertas y ventanas en

forma de arco y una alta torre con un reloj. No parecía tan antiguo como realmente era, ya que estaba muy bien conservado. Por dentro era más moderno de lo que aparentaba por fuera. El escudo de la Universidad Van Tassel se hizo visible: la V y la T en el centro y un cisne en cada extremo.

A medida que nos acercábamos, comencé a ver rostros familiares entre la multitud, chicos con quienes había compartido clases el curso pasado o me había cruzado en los pasillos. Era agradable estar de vuelta. Me gustaba mi vida allí.

Habíamos llegado temprano, por lo que fuimos directamente a la cafetería. Me agradaba tomar algo caliente por la mañana, y por la expresión de Marcus era seguro que no había comido nada desde la noche anterior. Probablemente ni siquiera había comida en su frigorífico.

Una chica se acercó a nosotros y nos saludó de manera amistosa. O mejor dicho, nos dio la bienvenida a Lucy y a mí con una sonrisa y miró a Marcus de manera cordial y distante.

Marcus había salido con Katelyn Spence, pero las cosas no habían terminado bien. Probablemente porque Katelyn empezó a referirse a él como su novio.

Era agradable aunque podía volverse agobiante. No conocía a nadie que tuviera mejores notas que ella, lo que se reflejaba en su aspecto sofisticado, siempre con una cinta en su hermosa cabellera rubia. Una cinta que usualmente combinaba con una chaqueta. Lo que me hacía pensar que tenía cintas y chaquetas de todos los colores. Una vez intentamos contarlos con Lucy y no lo conseguimos.

—Tenemos la primera clase juntos: Historia del Arte

con Sarah Tacher —nos informó Katelyn—. ¿Alguno ha empezado a leer el libro?

Marcus y yo negamos con la cabeza.

—Leí las primeras páginas ayer por la noche —respondió Lucy.

La noche anterior la había visto leyendo un libro en el sofá, pero estaba segura de que no era algo que tuviera que ver con el arte ya que tenía un vampiro en la tapa.

Katelyn nos miró horrorizada, como si fuera inconcebible ir a una clase sin antes haber leído algo de la asignatura.

—Os veré luego —dijo despidiéndose.

Esperé hasta que se hubo alejado lo suficiente y me volví hacia Lucy:

—No sabía que estudiaríamos algo relacionado con los vampiros en Historia del Arte —dije.

—No quiero dar una impresión equivocada —respondió en tono defensivo.

—¿Y esa sería...? —la interrogó Marcus.

Ambas lo miramos.

—Lucy y yo tenemos buenas notas. Ayer no nos dio tiempo a leer nada porque estuvimos ocupadas con la mudanza —repliqué.

Lucy asintió.

—Y los vampiros son criaturas intelectuales y sofisticadas —agregó.

Los tres intercambiamos miradas y nos reímos. Me gustaban los vampiros, especialmente los de Anne Rice.

Marcus y Lucy se marcharon en dirección al aula, yo tenía que pasar por administración a dejar unos formularios. La oficina quedaba en el otro extremo de la universidad, pero me las ingenié para ir y regresar rápido.

Miré el reloj: todavía tenía cinco minutos antes de que la clase comenzara.

Había pocas personas en los pasillos, por lo que la mayoría ya debía de estar en las aulas. Una chica pasó corriendo a mi lado y chocó con los libros contra mi hombro. Me di la vuelta para mirarla y me pidió disculpas mientras continuaba corriendo.

Me llevé la mano al hombro y luego me volví. Y esta vez fui yo quien chocó contra alguien. Levanté la mirada para disculparme y las palabras me abandonaron. El chico que tenía frente a mí era... como salido de un sueño.

Sus ojos azules encontraron los míos y contemplé su rostro, maravillada. El pelo claro, del color de la arena, tupido y algo ondulado, le llegaba casi hasta los hombros. Y había algo tan sensual en la forma de sus labios que resultaba inquietante. Intenté decir algo, pero fue como si me hubiera olvidado de hablar. Su mirada se volvió más intensa. Parecía estar estudiando cada detalle de mí, de la misma manera que yo lo estaba estudiando a él. Un fuerte estampido sonó sobre nosotros arrancándome de mi trance. Miré hacia arriba al mismo tiempo que pequeños trozos de cristal caían sobre mi cabeza. El pasillo se volvió más oscuro. Una de las bombillas del techo había estallado.

—¿Estás bien?

Asentí mientras me quitaba los trozos de cristal del pelo. No tenía idea de lo que había pasado. Él tendió una mano hacia mí para ayudarme y nuestros ojos se encontraron de nuevo. No recordaba haber visto ojos de aquel color, un azul tan tempestuoso e intenso. Eran como el cielo antes de una tormenta. Su mano rozó mi rostro con una sutil caricia y el resto de las bombillas del

pasillo estallaron al mismo tiempo. Me cubrí con los brazos instintivamente. Podía sentir los pedacitos de vidrio sobre la piel y los restos chocando contra el suelo.

—¿Qué está sucediendo?! —grité.

Cuando el ruido se detuvo abrí los ojos. El corazón me latía de forma acelerada contra el pecho. Estábamos a oscuras, pero podía ver su silueta a mi lado.

—¿Te has cortado? —me preguntó.

—No, no creo —respondí—. ¿Y tú? —Se puso de pie y me cogió de la chaqueta ayudándome a levantarme. Era extraño estar en la oscuridad con sus manos alrededor de mi cintura. Me sentía atraída hacia él. Y por alguna razón deseé que me hiciera dar la vuelta y me besara. Era un deseo caprichoso e irracional. Un impulso sin explicación. Permanecimos así durante unos momentos. Rodeados por silencio y oscuridad.

—Iré a buscar a alguien de mantenimiento.

Tras estas palabras, me soltó y se alejó.

—Espera... —No lo hizo. Repasé todo lo que había sucedido en mi cabeza. Era irreal. En un momento caminaba por el pasillo y al siguiente me encontraba perdida en sus ojos mientras una lluvia de pequeños cristales caía sobre nuestras cabezas.

¿Quién era? ¿Qué había sucedido? ¿Y por qué me encontraba en un pasillo sin luz? Seguí caminando en dirección al aula donde tenía mi primera clase. Di un par de vueltas algo desorientada, aún con la cabeza puesta en el extraño incidente.

Cuando logré encontrar el aula, me detuve al ver quién estaba de pie frente a la puerta. Derek Collins, mi novio.